EN LOS LÍMITES DEL ARTE
INVESTIGAR EN ESTÉTICA

Antonio Molina Flores (Universidad de Sevilla)
http://dx.doi.org/10.12795/AdMIRA.2009.01.20

Las ideas nacen, se reproducen y mueren. Lo que hoy llamamos Estética siempre se llamó Filosofía. Tanto la *Poética* de Aristóteles y su estudio sobre la tragedia, como la mayoría de los *Diálogos* platónicos, tratan de asuntos que hoy consideramos cercanos a esto que llamamos Estética, pero la línea de demarcación es ilusoria o vana. Según esta cesura, por centrarnos en Platón, los *Diálogos* que tratan de la amistad o del amor, pertenecerían, o serían objeto de estudio de la Filosofía o de la Ética, mientras que los que tratan directa o indirectamente de la belleza, lo serían de la Estética. El caso es que la filosofía de todos los tiempos ha tenido, como una de sus preocupaciones centrales la creación, el arte, la poesía, la forma, la belleza, y los individuos que crean se llamaran, según las épocas, artesanos, esclavos, artistas o genios.

Es en el Renacimiento cuando estas ideas se recuperan de la antigüedad con más fuerza que nunca, pero será en la Ilustración cuando se conviertan en una reflexión propia, separada en parte de la filosofía, aunque no de su método. Por fidelidad a esta trayectoria algunos preferimos llamar Filosofía del Arte a la Estética, pero son lo mismo. De hecho, antes de abrirse paso con éxito la denominación de Alexander Gottlieb Baumgarten, se propusieron muchas denominaciones, Kalología, o ciencia de lo bello, delicado concepto en un nombre espantoso, o Crítica del discernimiento, o capacidad de juzgar acerca de lo bello y lo sublime, en Immanuel Kant (*Kritik der Urteilskraft*). La palabra *estética* fue utilizada por primera vez por Baumgarten en *Meditationes de nonnullis ad poema pertinentibus*, (1735), quince años antes de que publicase el primer tomo de su *Estética* (1750).

Se trataba, en fin, de aunar los conceptos y las sensaciones, las experiencias que nos propician tanto la naturaleza como las obras de arte, con una complejidad de la que habían carecido análisis anteriores.

No se trata de describir las obras de arte del pasado, como pudieron hacer Vasari o Diderot, ni tampoco –o no sólo- dar claves para comprenderlas; mucho menos se trata de establecer normas o mandamientos para realizarlas. Se trata de otra cosa, precisamente de ocuparse del sujeto, de las cualidades que pone en marcha frente a una obra de arte, de sus respuestas y de los mecanismos que lo acercan a un universo nuevo. No porque nadie antes haya sabido qué es una obra de arte. Lo supo el anónimo autor del tratado de *Lo sublime*, atribuido a Longino, cuando especula sobre las fuentes de la sublimidad de una obra de arte literaria, intentando dar en la clave que nos responda a la pregunta de por qué la obra de Homero es superior a las de otros escritores. Se trata ahora –siglo XVIII- de poner el punto de atención en el sujeto y establecer un método que nos acerque a lo que le sucede. Porque hay una parte objetiva que se refiere a la adecuación a ciertas normas sobre la armonía o sobre el uso de las metáforas, pero hay otra parte subjetiva, que los ilustrados llaman *gusto*, que nada o poco tiene que ver con aquellas normas y su correcta aplicación. Es entonces cuando un ideal político como la libertad empieza a entenderse en términos de libertad de apreciación de las obras de arte. Los públicos también sienten correr sobre sus cuellos la sangre de las guillotinas y emergen nuevas ideas, nuevos conceptos, nuevos modos de comprensión del universo artístico en lo que fue un radical cambio de paradigma.

Los que hoy investigamos en Estética o en Teoría del Arte, o de las artes, aspiramos, siempre que somos conscientes, a seguir esta estela. La libertad individual es insobornable y de ella se deriva el gusto por tales o cuales manifestaciones artísticas, por tales o cuales obras y el desprecio caprichoso o fundado, por otras.

Kant, que tan agudo fue en el diagnóstico no acertó en la denominación y ni siquiera tenemos una sola palabra para referirnos a esa capacidad del sujeto (de su entendimiento y de su razón) para enfrentarse, sufrir, disfrutar, liberarse y sentir junto, o frente, a una obra de arte. Desde luego aquella libertad, en la obra de arte es entendida como imaginación, tal vez la facultad humana más penetrante y creadora, la que nos permite crear, precisamente, imágenes de las cosas.

El arte sería, en Hegel una de las formas de creación del espíritu, o algo parecido. Junto a la religión y, casualmente, la filosofía, forma la tríada suprema del espíritu, artificios a

los que Hegel era muy aficionado. Pero hoy nos queda su edificio como la carcasa de un sistema, no como un espacio vivo de reflexión, aunque algunos hegelianos queden. Ya no se consiguen cátedras con la *Lógica*, ni con las *Lecciones de Estética* ni con la *Fenomenología del Espíritu*. ANECA ha acabado con todo eso, siendo el contraejemplo Angel Gabilondo, que ha pasado de profesor de metafísica a Ministro de Educación. Enemigo visceral de Hegel, kantiano y platónico a la vez, es Schopenhauer el que primero entiende la filosofía como una metafísica del arte. Y tiene tal vez la intuición más elevada acerca del papel del arte, de la tarea de la poesía y del lugar de la música. Muchos se han rendido a la versión de Nietzsche, peor escritor, peor filósofo y peor literato que su maestro Schopenhauer, pero no así Proust, ni Mallarmé, ni Joyce, ni Borges que supieron beber en la fuente, que no es otra que *Die Welt als Wille und Vorstellung*, el mundo como voluntad y el mundo como representación, el mundo como una creación perpetua contenido en la obra de arte, *imagen de la imaginación*, como el mar, sin cesar recomenzando.

Las ideas nacen, se reproducen y mueren. A veces, en el mejor de los casos, la vida de las ideas puede medirse por miles de años, con lo que nos parecen eternas. Y pensamos que, en cierto modo, siempre estuvieron ahí. Lo que no es más que un espejismo. En la *Odisea* se recoge ya una tradición narrativa muy anterior, y sin embargo, cuando se nos narra el episodio del cíclope Polifemo asistimos a la creación de una secuencia con todos los ingredientes que hoy, veintisiete siglos después, son los mismos que utilizan los guionistas y productores ejecutivos de las series televisivas más exigentes, *Los Soprano* (David Chase), *A dos metros bajo tierra* (Alan Ball) o *Mad men* (Matthew Weiner).

Lo novedoso en Platón, o en Sócrates, es que entiende la belleza como un concepto. Del mismo modo que Einstein o Newton buscaban la expresión matemática de leyes ocultas que pudieran mostrarnos al desvelarse la armonía del universo, en la investigación estética nos enfrentamos con ideas, conceptos y tradiciones que nos ocultan y desvelan lo mejor de la odisea humana. Y así, esta idea de belleza que Platón descifra, sigue siendo un tema vivo en la investigación filosófica hasta Gadamer. Veinticinco siglos, en este caso, tampoco son nada. Y cuando hoy, creyendo descubrir otra vez el mediterráneo, apliquemos esta metodología a un objeto relativamente nuevo, el cine,

investigando en estética cinematográfica, mucho mejor nos irá si además del mejor cine del siglo pasado conocemos bien a Homero, Shakespeare y Gracián.
En nuestro país hay que citar a un polémico polígrafo, Menéndez Pelayo, para ser justos con una investigación que, en los años de la Transición, parece surgir de la nada. Y de eso nada. Del mismo modo que Rosa Regás, siendo directora de la Biblioteca Nacional, quiso ocultar un monumento del escritor santanderino que preside la entrada al edificio, son muchos los que ocultan en la segunda fila de los anaqueles de su biblioteca la *Historia de la Ideas Estéticas en España*, monumento bibliográfico que nunca se cita por temor al anatema. Pero ya es hora de reivindicarlo como el monumental estudio que es, el primero que nos acerca al flujo de las ideas que se dan en Europa desde una perspectiva universal, vocablo que comparte raíz con Universidad.

Don Marcelino quiso acercarse a la novela del XIX pero se quedó a las puertas. Y en cierto modo es una tarea pendiente seguir esa estela, la que nos permite relacionar ideas estéticas que provienen de muchísimos frentes con obras artísticas que son, de un modo u otro, reflejo, producto, espejo, comentario. Claro que no es necesario seguir exactamente su método, porque la historiografía avanza, pero podríamos comprender, por ejemplo, cómo se transforma la narrativa española al contaminarse con el cine o cómo se transforma la poesía de los setenta al contacto con formas populares, que antes difícilmente podríamos considerar artísticas.

Y por si fuera poco, esta deriva nos llevaría a la pregunta, ¿pero entonces qué demonios es el arte? ¿Y a quién le corresponde decirlo?

Sea lo que sea el arte, lo que parece evidente es que se trata de una especial forma de comunicación, tal vez uno de los hechos comunicativos más complejos. Y que abordar este hecho requiere un método. Lo primero que hay que definir y acotar es la materia de la que vamos a ocuparnos y perfilar el punto de vista que adoptaremos. A nosotros el arte no nos interesa como meros historiadores, aunque las aportaciones de la historiografía serán vitales; tampoco veremos las manifestaciones artísticas como parte de procesos sociales más complejos, a pesar de que las contribuciones de la sociología del arte siempre nos ayudará en nuestros análisis. Tampoco veremos como disciplinas aisladas la filosofía, la poesía, la música, la novela o la danza, sino como parte de un

mismo ritmo, de un mismo pulso, de un mismo modo de acercarnos a la realidad. Y el modo de acercarnos tampoco va a ser unívoco, no hay un único método. La Estética, como disciplina filosófica de la modernidad ha vivido los mismos procesos, los mismos avatares que la Filosofía. Así, lo más común es que compongamos nuestros trabajos como parte de un proceso hermenéutico y muchas veces nuestras obras sean lo que ha sido la Filosofía de siempre: lecturas y comentarios. El origen de esta forma cultural tan unida al destino de occidente no es otro que la glosa. Se nos podrá reprochar que decir esto del método es decir poco, y es cierto. Por supuesto que Georg Lukács abre la puertas a una estética marxista y que los análisis frankfurtianos nos permiten hablar de una estética debilitada por los análisis sociológicos, y que los distintos formalismos, estructuralismos o los análisis deconstructivos han podido señalar nuevos modos de hacer Estética, pero nuestro punto de vista es que estos métodos al ser mucho más generales, son, en cierto modo, concepciones del mundo –muchas veces antagónicas- y no métodos propiamente estéticos. Lo mismo podría decirse del método dialéctico y del fenomenológico. Y del mismo modo que la filosofía se ha escrito en todos los soportes de la creación literaria, los textos de Estética o de Filosofía del Arte han seguido este camino. Si la filosofía se escribió en poema (Parménides), diálogo (Platón) tratado (Espinoza) sistema (Hegel), crítica (Kant) y aforismos (Wittgenstein), la escritura estética no tiene todavía tanta autonomía como para proponer un modo de hacer propio. Eso sí, será deudora de los más usuales en estos tiempos, sin descartar que se den en el futuro formas del pasado. Tal vez estemos más cerca de la rapidez del artículo de prensa, de la crítica de arte, del aforismo, de la intervención breve en los medios de comunicación, pero es en parte por la propia inmediatez con la que desarrollamos nuestra tarea junto a otras, sean éstas la docencia, la creación literaria o el *dolce far niente*. Dice irónicamente Wittgenstein, en un aforismo: "Mis dudas constituyen un sistema". Eso es lo que ha quedado de los sistemas del siglo XIX, un conjunto de dudas, pero si lo analizamos bien, lo que se nos dice es que la trama de nuestras dudas es tan tupida que impregna y oscurece toda luz de presuntas verdades, lo que no deja de ser una actitud socrática que pretende ocultarse en el fulgor de la frase brillante.

Según esto, más que un método propiamente dicho, lo que podemos enunciar son las líneas de trabajo que pueden desarrollarse en Estética:

1) Por un lado están los estudios, siempre necesarios, en Historia de la Estética. En este terreno son siempre una guía los estudios de Wladislaw Tatarkiewicz . Aunque podemos sugerir a quienes se inicien, *Breve historia antología de la estética*, de José María Valverde.

2) Historia de las ideas estéticas, aquí junto al propio Tatarkiewizc y su deliciosa *Historia de seis ideas* (arte, creatividad, belleza, forma, poesía, experiencia estética), hemos de tener en cuenta la citada *Historia de las ideas estéticas en España* de Marcelino Menéndez Pelayo.

3) Otro tipo de estudios tratan de lo que podíamos denominar, en términos muy generales, actualidad, modernidad. Son aquellos en los que nuestros análisis se mezclan con consideraciones epocales, se trate de estudios sobre la posmodernidad o sobre las características de nuestro tiempo, algo que, por lo demás, siempre se ha hecho, recordemos a Johann Gottlieb Fichte y su obra *Los caracteres de la edad contemporánea*.

4) Los estudios específicos sobre arte contemporáneo ocupan un espacio propio. Aunque es normal que estemos, en general, interesados por las manifestaciones artísticas de nuestro tiempo, los estudios sobre arte contemporáneo, ya sean artes del tiempo, música, poesía, o artes del espacio, pintura, arquitectura, ocupan un lugar central en la reflexión estética.

5) Sin querer ser exhaustivos, habría que mencionar nuevas vías de trabajo, nuevos horizontes que se suponen fértiles, como la estética cinematográfica, esa línea de discusión que recupera lo mejor de las aportaciones de Eisenstein, Truffaut o Godard.

6) Y siempre será objeto de estudio la propia Estética, en un bucle meta-reflexivo, poniendo en cuestión tanto su status gnoseológico como sus límites.

NOTA AL MARGEN

Los estudios de Estética en la Facultad de Comunicación son anteriores a la creación de la propia Facultad de Ciencias de la Información en el edificio que fue casa del pintor Gonzalo Bilbao. Muchos profesores no tuvieron que cambiar de despacho ni aula para

cambiar de licenciatura, al incorporarse desde el momento de la fundación de los nuevos estudios, junto a los compañeros de Literatura, a una aventura en la que se aportó, desde el primer momento, todo el entusiasmo y la dedicación que la empresa requería. Hay que citar especialmente al profesor Diego Romero de Solís. La licenciatura de Filosofía, al desplazarse a un nuevo edificio dejó libres las que serían las aulas para la nueva carrera, en 1989. Y muchos profesores del Área de Estética, contribuyeron al diseño y la creación de los nuevos Planes de Estudios. La Estética ha sido y es, en la Facultad de Comunicación, una de las señas de identidad, dándose varios casos en los que alumnos y alumnas de Periodismo, Comunicación Audiovisual o de Publicidad y Relaciones Públicas, después de licenciarse, decidieron estudiar filosofía para completar sus estudios en Estética, dando sentido y coherencia poética a nuestra contribución. Por eso es pertinente que tengamos presencia en los nuevos estudios de Grado y Postgrado de la Facultad de Comunicación, porque nos sentimos parte de un mismo proyecto.

Durante este tiempo, además de contribuir desde la docencia, también hemos formado parte de los órganos de gobierno de la Facultad (Juan Bosco Díaz-Urmeneta Muñoz, fue Secretario de la Facultad), pero tal vez lo más importante sean las actividades desarrolladas, primero desde el Área de Estética y Teoría de las Artes y actualmente a través del Seminario Permanente de Estética, dirigido por Inmaculada Murcia Serrano, ahora en la Facultad de Comunicación, antes en la de Ciencias de la Información. Quiero recordar, a modo de ejemplo, los seminarios con poetas como Fernando Ortiz, presentado por Emilio Rosales o Antonio Gamoneda, la conferencia de José Soto sobre Carmen Laffón, el diálogo de Chema Cobo y Luis Gordillo o la intervención magistral de un jovencísimo Giorgio Agamben, presentado y traducido del italiano por Juan Carlos Marset Fernández. Asimismo por el Seminario Permanente, espacio de exposición, reflexión y diálogo, han pasado José Luis Pardo, Isidoro Reguera o José Jiménez, por citar algunas de las figuras más destacadas de la Filosofía y la Estética actuales. Hemos colaborado en numerosas actividades con el Centro Andaluz de Arte Contemporáneo, abriendo sus puertas a nuestro alumnado, en acontecimientos como las tres Bienales de Arte Contemporáneo o en Seminarios como el dedicado a Henry Michaux. Pero con ser importantes estas actividades, tal vez, lo que mayor trascendencia tenga sean las publicaciones del Equipo de Investigación en Estética y

Teoría de las Artes, verdaderas monografías, firmadas por varios autores sobre el *Romanticismo*, el *Símbolo*, el *Color* o el *Paisaje*. Además de los libros firmados por cada uno de los integrantes del Área, sobre temas tan diversos como la perspectiva, el paisaje, la aventura, la creatividad o el logos, las publicaciones colectivas son el fruto de nuestras investigaciones, desvelos, descubrimientos, intuiciones y aprendizaje. Junto a *Fedro*, revista digital de Estética y Teoría de las Artes, conforman la parte más visible de nuestro trabajo y abren el camino para nuevas investigaciones.